

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



JUAN DE JUANES.

S

OCAS son las noticias que tenemos de la vida de este célebre pintor, tan poco feliz en recuerdos biográficos, como célebre por sus obras artísticas, y ha llegado esta incuria á tal punto,

Segunda série.—Tomo II.

que aun á fines del siglo pasado se ignoraba hasta su verdadero nombre. Regularmente se le suele llamar *Juan de Juanes*, y con este nombre le cita Palomino, el cual como se vé se equivocó tambien en el apellido á pesar de

22 de noviembre de 1840.

haber gastado un largo párrafo en la derivación de este patronímico para saber si debía ser Juanes, Juanex ó Ivañez. En este mismo error seguimos en la actualidad á no tener la fortuna de haberse descubierto á fines del siglo pasado su testamento otorgado en Bascarente á 20 de diciembre de 1579 ante Cristóbal Florens: gracias á este hallazgo podemos decir algo con exactitud acerca de su vida.

Vicente Joanes (pues este es su propio nombre), nació el año de 1523; probablemente en Fuente la Higuera. Después de haber aprendido el dibujo se asegura que pasó á Italia, lo cual se echa de ver también de su estilo y colorido, aunque no es cierto que fuese discípulo de Rafael, pues había este fallecido en 1520. De vuelta á España se estableció en Valencia donde casó con Gerónima Comtes, de cuyo matrimonio tuvo tres hijos. Juan Vicente de Joanes siguió la escuela y estilo de su padre, aunque no llegó á su mérito. Por eso muchos inteligentes han asegurado que varios de los cuadros que se atribuyen á Juan padre de Juanes son realmente del hijo, y por consiguiente de un mérito inferior á los del padre. Quizá por esto equivocándose los cuadros y los nombres de padre é hijo, resultó el equivocado título de Juan de Juanes. Tuvo además Joanes dos hijas llamadas Dorotea y Margarita, que fueron excelentes en la pintura, y aun se asegura que son suyas las pinturas que hay en la parroquia de Sta. Cruz de aquella ciudad en la primera capilla á mano derecha cerca del sitio donde fue enterrado su padre.

Durante su vida fue muy apreciado en Valencia, y en especial del arzobispo, que era entonces Santo Tomás de Villanueva, el cual le encargó entre otras cosas los dibujos para una tapicería que mandó trabajar en Flandes, la cual regaló á la catedral: las pinturas eran de asuntos sacados de la vida de la Virgen.

También pintó el retrato de medio cuerpo de dicho arzobispo que es el más parecido, y se conserva en la sala capitular con los de los demás obispos.

Pero en lo que contienen todos los que hablan de él es en su mucha piedad, cuya descripción es casi idéntica que nos han transmitido de su carácter y costumbres. Todos los asuntos de sus cuadros son religiosos, por lo cual, y por la mucha dulzura de su colorido, imitando á Morales, á quien á veces sobrepujó, mereciera el nombre de divino que se aplicó al otro. Antes de principiar sus cuadros solía recibir los sacramentos, y aun se refiere que cuando pintó su célebre cuadro de la Purísima Concepción, no puso el pincel en él, sin haber comulgado aquel mismo día. Hizo este cuadro que es uno de sus obras más famosas, á instancias y por la idea del P. Albarro, y se colocó en su capilla de la casa profesa de la compañía de Jesús en Valencia.

Habiéndole llamado de la villa de Bascarente, y estando ya concluyendo las pinturas del retablo de la capilla mayor cayó enfermo, y murió pocos días después el 21 de diciembre de 1579 á la edad de 56 años. El año de 1581 fue trasladado á la parroquia de santa Cruz de Valencia como él mismo había dejado dispuesto.

En cuanto á su mérito artístico todos convienen en que fue uno de los mejores pintores de nuestra escuela, y fundador de la de Valencia: él fué el primero que mejoró el colorido, el cual había estudiado en las obras de Rafael y sus discípulos, sobreponiéndose á las maneras duras de que adolecían la mayor parte de sus contemporáneos. Sus obras sobresalen por la exactitud y corrección del dibujo, la inteligencia en los escorzos, y sobre todo por la rara habilidad de hacer todas las figuras tan bien peleteadas, que parece que se van á mover

los cabellos al más ligero soplo. Son también notables por la amabilidad, expresión y dulzura que daba á las facciones, y en especial en varias imágenes que hizo del Salvador que camina y quizá sobrepujan á las del Divino Morales.

Sus pinturas más célebres existen en Valencia especialmente en la catedral, aunque confundidas con las de su hijo: también en las parroquias de S. Nicolás, S. Estevan, Santa Cruz y otras y en los conventos de la ciudad. Entre ellas no es de omitir el famoso cuadro de S. Francisco de Paula, en que le representa apoyado sobre un baculo, el cual hizo para su convento de Valencia.

Fuera de esta ciudad se conservan algunos cuadros suyos en la catedral de Segorbe, en las parroquias de Bascarente y de Fuente la Higuera, y en algunos conventos á las inmediaciones de la capital. En general son muy pocos los que existen en poder de particulares.

En el museo de Madrid hay una buena colección de ellos bien conocida de los inteligentes: en ella sobresalen los seis cuadros del martirio de S. Estevan, que están tres á cada lado de la puerta de la sala primera española: en ellos se echa de ver la gran escuela de Rafael, y son de lo mejor que hay en el museo.

Dícese que algunas pinturas de Joanes han sido extraídas para el extranjero: con este motivo nuestros lectores pueden recordar lo que se dijo en el número 6 del semanario del presente año, con respecto á las extraídas para el museo real de París.

LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO.



En todos los monumentos de Jerusalem, el más importante por los sublimes y divinos recuerdos que le enriquecen, es la iglesia del santo Sepulcro, comprensiva de tres: la del santo Sepulcro propiamente dicha, la del Calvario y la de la invocación de la Cruz.

Élevase la iglesia del santo Sepulcro en el valle del Calvario, en el mismo sitio donde fué sepultado Jesucristo. El edificio cruciforme y circular, como el Panteón de Roma, recibe la luz del día tan solo por una cúpula ó media naranja, bajo la que está situado el santo Sepulcro. Hallase adornada esta rotunda de diez y siete columnas de mármol, que describiendo siete arcos sostiene una galería superior compuesta de otras tantas arcos y columnas, aunque más pequeñas que las del orden inferior. Sobre el friso de la segunda galería se elevan varios nichos correspondientes á las arcosadas y que antiguamente se hallaban decorados de mosaicos, y sobre el arco de estos nichos se apoya la cúpula.

El coro de la iglesia, situado al oriente del sepulcro, es doble, como en las basílicas antiguas, cuyas naves colatales, adornadas de capillas, se extienden en torno del santuario. En la nave derecha hay abiertas dos escaleras, una de las cuales conduce á la iglesia y á la cima del Calvario, y la otra á la iglesia de la invocación de la santa Cruz.

La iglesia del santo Sepulcro, de una antigüedad incontestable se comenzó á edificar según unos, en el imperio de Adriano, y según otros, en el de Constantino; y aunque sucesivamente fue aislada por Cosroes, rey

de los Persas, y devastada por el califa Hakem, el cuerpo y las obras fundamentales de este edificio no parecen haber sufrido mucho en estos ataques, de manera que se hallan en el día en el mismo estado que cuando se erigieron.

El aspecto de la iglesia del santo Sepulcro es sumamente imponente, y todas sus estancias están marcadas con un sello profundo y bíblico. Iluminada por multitud de lámparas que arrojan en todos los objetos un dulce y misterioso resplandor, excita en el alma aquellas benévolas sensaciones que la elevan á la contemplación, y embargada la memoria por mil recuerdos á cual mas sublimes y magestuosos, hállase el ánimo en aquella apacible y respetuosa quietud tan necesaria para elevar á la divinidad los puros afectos del corazón, sin ninguna marca terrenal que los empañe. Oyense partir de vez en cuando de lo alto de las arcadas que habitan los sacerdotes cristianos, cánticos y salmodias que parecen descender de los cielos. Unese á la variedad de las voces y de los idiomas, la de los instrumentos que resuenan á todas las horas del día y de la noche. El órgano alterna con los címbalos, en tanto que una nube de incienso se eleva por toda la nave, y parece dar física realidad á los misterios que en el altar se representan.

La oscuridad que reina á la entrada de la iglesia conmueve al peregrino en el momento que pasa sus umbrales, y le prepara á las grandes impresiones que vá á experimentar.

El primer objeto que se le presenta á la vista es la *pedra de la unción*, en la que fue perfumado con mirra y aloes el cuerpo de Jesucristo, antes de ser colocado en la tumba: elevase á pocas pulgadas del suelo, y tiene cerca de ocho pies de longitud y dos de latitud. Con el objeto de evitar los piadosos hurtos que de ella hacen los peregrinos, hállase cubierta de mármol rojo. Cada una de sus esquinas está adornada con un pomo de cobre; diez lámparas arden continuamente sobre ella, y á sus lados enormes candelabros con cirios de quince á veinte pies de alto.

A la derecha de la iglesia, y á doce pasos de la *pedra de la unción*, se halla el *Calvario*, diez y ocho á veinte pies sobre el nivel del suelo, y al que conducen dos escaleras de veintiana gradas por cada lado. La cima se halla transformada en la actualidad en dos capillas revestidas de mármol, separadas por una arcada, y cuyo pavimento es también de mármol. Llámase una de ellas *Capilla del Calvario*, y se halla continuamente iluminada por gran número de lámparas. En el sitio que ocupa fue alzada la santa Cruz en que murió Jesucristo, y dicho sitio se halla cubierto por un altar.

Segun las tradiciones Jesucristo tenía vuelto el semblante hácia Occidente; y Jerusalem se hallaba á su espalda. El lugar donde fueron colocadas las cruces de los dos ladrones se vé indicado por dos piedras negras. Estas dos cruces no se colocaron en la misma línea que la del Salvador, sino que formaban una especie de triángulo, de modo que Jesucristo podía ver á los dos criminales crucificados á su lado.

No lejos del lugar donde se eleva la Cruz, se vé una de las piedras que se partieron cuando Cristo espiró, segun nos dice el evangelio; el prodigio está manifiesto y conmovedor, y habla á los ojos: la hendidura de la roca está patente, y se vé por entre un enrejado de plata.

La otra capilla que forma parte del Calvario, se eleva en el sitio donde fue atado á la cruz el Salvador, y todos los días se celebran en ella los santos misterios. El suelo enfrente del altar se halla incrustado con adornos en mosaico de todos colores, entre los con-

les domina el encarnado, como para indicar que aquel sitio fue enrojecido con la sangre del Señor, y arden sin cesar en esta capilla multitud de lámparas.

A la derecha del altar hay una ventana con rejas que dá á una capilla exterior dedicada á *Nuestra Sra. de las Dolores*, donde se ofrece todos los días antes de la aurora el santo sacrificio. A este sitio se retiró la Virgen mientras los sangrientos preparativos del último suplicio destinado á su hijo.

Bajando del Calvario y á la derecha, se llega á una capilla de cuatro pies de largo y dos y medio de ancho. En el altar se vé la columna de las injurias, de mármol negro. Es parte de una columna mayor que se conserva en Roma, en la iglesia de Sta. Praxedes espuesta á la devoción de los fieles. En este trozo de columna fue donde hicieron sentar los judíos á N. S. cuando le coronaron de espinas y le maltrataron el rostro.

A veinticinco pasos mas distantes se baja por una escalera de treinta y dos gradas á la capilla de Sta. Helena. Esta capilla es muy vasta y se halla cubierta con una cúpula sostenida por cuatro columnas de desigual corpulencia. A la izquierda se vé el lugar donde oraba Sta. Helena, mientras que se hacian por orden suya excavaciones para encontrar la verdadera Cruz. A la derecha y en la misma capilla, pero doce gradas mas abajo, hay un pequeño santuario, en el mismo sitio en que se halló el signo augusto de la redención.

Tres siglos hacia que los fieles lloraban perdida la santa Cruz; habíanla enterrado los paganos en la colina con montañas de piedras, tierra y escombras, y en tiempo del emperador Adriano habían elevado allí las estatuas de los falsos dioses, Santa Helena, animada con el piadoso deseo de encontrar la cruz del Salvador, emprendió con firme resolución á la edad de sesenta y nueve años el viaje de Palestina; así cerraba solamente una larga existencia! Por orden suya y á vista suya fueron levantadas las tierras las estatuas, y los templos abatidos, y transportados á larga distancia los materiales. Haciendo profundas excavaciones en diversos lugares se llegó al fin á donde se hallaba el santo Sepulcro, y muy cerca de él, segun lo decía la tradición, se descubrieron las tres cruces, y aparte los tres clavos y la inscripción de la del Salvador. El cielo dió á conocer por un milagro el instrumento de la redención, pues segun dicho de S. Macario, obispo á la sazón de Jerusalem, se aplicaron las tres cruces al cuerpo de una mujer moribunda y el contacto de la tercera le curó al momento. Otro prodigio mas ruidoso refieren S. Paulina y Sulpicio Severo: se aplicó la santa Cruz á un cadáver, y en el momento recobró la vida.

Fuera de sí santa Helena, por haber encontrado el tesoro que mas amaba su corazón, envió una parte considerable al emperador Constantino, su hijo, quien recibió un don tan precioso con tanto gozo como respeto, y mandando colocar un trozo en su casco, para que le sirviese de salvaguardia en los combates, hizo encerrar lo restante en una caja de plata cuya guarda confió al obispo de Jerusalem. No tardó en introducirse el uso de esponerla públicamente el viernes santo á la veneración de los fieles: en este día iba el obispo á prosternarse el primero ante ella, y á su ejemplo imitándole el clero y el pueblo. A este uso se refiere la ceremonia que se hace todos los años, en semejante día, en todas las iglesias católicas, ceremonia admirable, en que el oficiante, descubriendo la Cruz, dirige al pueblo cristiano aquellas palabras tan propias para penetrarle de reconocimiento y amor «*Ecce lignum crucis.*»

En la misma línea de la capilla de santa Helena, y diez pasos mas distante, se encuentra otra fundada en el

lugar en que se repartieron los soldados las vestiduras de Jesús.

Cuarenta pasos mas adelante, haciendo un ligero contorno, se llega al lugar en que Jesucristo se apareció á Santa Magdalena, despues de su resurreccion, donde se ha erigido un altar.

Enfrente está la capilla de la Aparicion, llamada así porque, segun la tradicion, fue allí donde se apareció el Salvador por primera vez á su santa madre despues de la resurreccion.

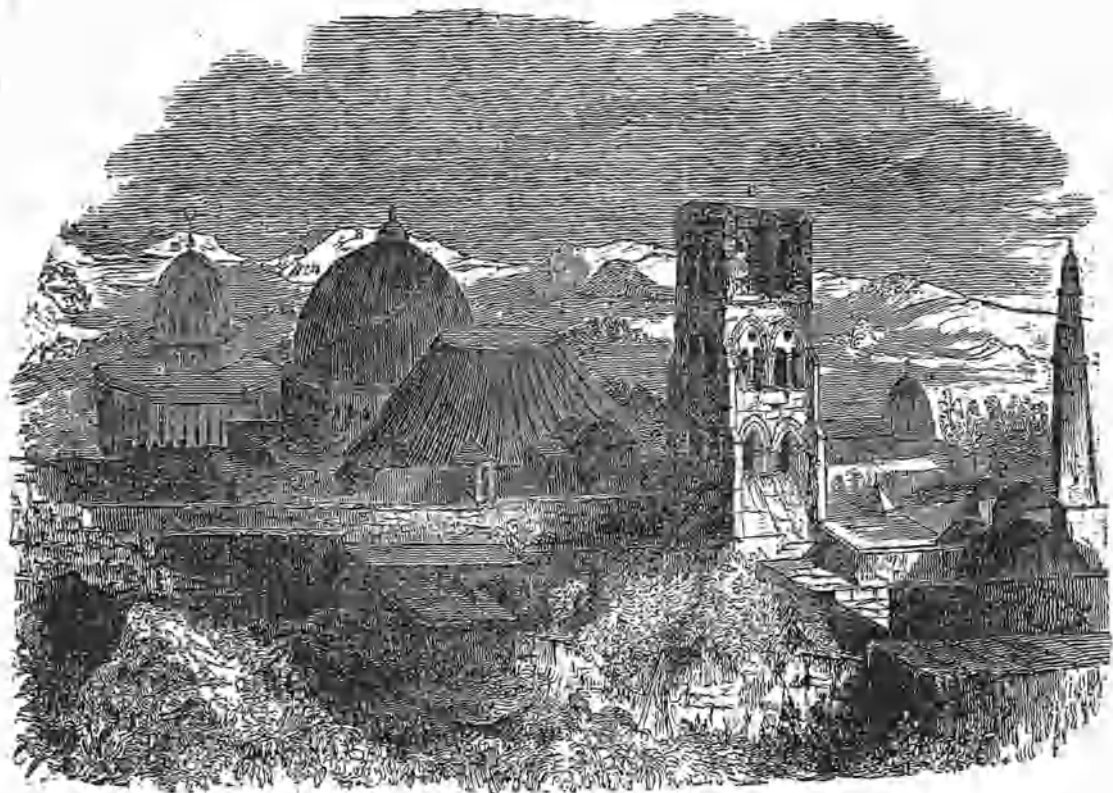
Saliendo de esta capilla se ve una magnífica rotunda, rodeada de diez y ocho corpulentas pilastras que sostienen una galeria y una cúpula magestuosas. En medio de la capilla, bajo la cúpula por donde entra la luz que ilumina el interior, se eleva un edificio ó mausoleo de mármol blanco y amarillo, en forma de catafalco. Bajo este monumento está la sepultura de Jesucristo. La entrada está por la parte de Oriente. Posada la puerta está la capilla del Angel, cuyas paredes interiores se hallan revestidas de mármol. En el centro se eleva un pedestal que sostiene una piedra de diez y ocho pulgadas en cuadro, en la cual se sentó el ángel el día de la resurreccion, cuando las santas vírgenes fueron á embalsamar

el cuerpo de Jesús, y el ángel les dijo: *surrexit, non est hic*: ha resucitado, no está aquí.

Enfrente del pedestal se vé una puertecilla muy baja y estrecha, por lo que entra gran claridad. Para pasar por ella es necesario inclinarse hasta la mitad del cuerpo. Esta puerta da entrada á un santuario de cerca de seis pies de largo sobre otros tantos de ancho y ocho de elevacion; está iluminado por cuarenta lámparas, cuyo humo sale por tres troneras practicadas en la bóveda.

A la derecha se ve una mesa de mármol de la misma longitud del santuario y de la mitad de latitud: este santuario es el santo Sepulcro, esta mesa es la mesa sepulcral en que fue puesto el cuerpo de Jesucristo, vuelta la cabeza á occidente y los pies al oriente. La tumba y la mesa están abiertas á buril en Peña Viva; y se las ha cubierto con mármol para substraerlas á la indiscrecion de los peregrinos que algunas veces se permitian romper algunos trozos para llevarselos.

Los padres de Tierra Santa celebran todos los días el sacrificio de la misa en el santo Sepulcro. Los que cantan las alabanzas del Señor permanecen á la parte de fuera; pero el sacerdote oficia en la tumba misma, en un altar portátil que se eleva para el sacrificio.



(Vista exterior del templo del Santo Sepulcro).

En otro tiempo se veían en la iglesia del santo Sepulcro las tumbas de dos grandes heroes cristianos: la una era la de Godofredo de Bullon, terror de los musulmanes, que arrojó mil veces la muerte por su Dios, y que habiendo sido proclamado rey despues de la victoria, declaró que jamás llevaria una corona de oro donde Jesucristo habia llevado una corona de espinas: la otra era la de Baldovino su hermano que siguiendo noblemente sus huellas, fue digno sucesor de su reinado. En el día ya no aparece el menor vestigio de estos monumentos, y solo se muestra al peregrino el sitio que

ocuparon. Estos sepulcros han desaparecido: solo se han librado de este desastre las espuelas y la espada de Godofredo de Bullon, prendas que son consideradas por los santos padres como un precioso tesoro. El puño de hierro de la espada era dorado antiguamente y aun se notan algunos señales de la doradura. La hoja es muy pesada y muy larga. He aquí lo único que nos queda de Godofredo de Bullon, sino contamos tambien su santo nombre, y sus gloriosos y sublimes hechos.

EN UNA NOCHE DE TEMPESTAD.

A MI AMIGO D. F. GAVITO.

Negra es la noche por Dios,
la lluvia cae á torrentes;
dejemos á los vivientes,
y aquí escribamos los dos.

¿Y qué nos importa, di,
esa horrible tempestad?
Te basta á tí mi amistad,
la tuya me basta á mí.

Esta ventana cerremos,
y el velon aquí pongamos.
¿No te parece que estamos
tan solos como queremos?

Vengán tintero y papel,
cualquiera para mí es bueno.
¿Cuánto ha durado ese trueno!
Cargen mil diablos con él.

Dicta, amigo; una letrilla
de Celia á los ojos bellos.
¿Sabes que me abraso en ellos?
Otro relámpago brilla.

Es imposible escribir;
¡Vaya un llover sin segundo!
A trueno tan furibundo
algun rayo vá á seguir.

Pongámonos de soslayo,
que el viento apaga la luz.
¡Por la señal de la cruz!
¿Qué será? ¿Centella ó rayo?

Abre un momento el postigo,
por ver si el agua cesó.....
Yo nada veo ¿y tú? --No.
Vuélvelo á cerrar, amigo.

Y pues la tormenta crece,
y crece la oscuridad,
quietos aquí, que en verdad
también estoy en mis trece.

Pasemos la noche en vela
con la botella y la pluma;
cuando aquella se consuma,
otra habrá de centinela.

Valdepeñas es famoso.
¿Quién se ha de estar en ayunas?
Acerca esas aceitunas,
y ese quesillo sabroso.

Y ronde el galán la calle
por obsequiar á su dama;
por ganar premios y fama
el otro en lides batalle.

Salga el doctor por matar
cuando á deshora le llamen,
y el fiscal por un dictámen
vaya al juez á visitar.

¿Cuál se mojan esta noche
aunque los cubra la capa!
El que una trucha no atrapa
solo se lo debe al coche.

Nosotros somos felices
en esta atmósfera pura,
mientras ellos la figura
tapan de pies á narices.

Y á nosotros; que nos dá

de todo esto por mas señas?
Lo que dure el Valdepeñas
el placer nos durará.

¡Calla!.... ¿Granizo?.... Y de á libra.
Es preciso convenir
que el que lo puede sufrir
puede apostarlas á libra.

¡Y que haya necios que pasen
en una esquina el chubasco!
Merecen que les dé chasco
la moger con quien se casen.

No, pues la cosa vá seria.
¿En que vendrá á parar esto?
En la botella hay un resto....
apuremos la materia.

Y basta ya de beber
que nos quita el discurrir.
--« Pero ¿qué hemos de escribir?
--« Una letrilla ha de ser.

Ea, pon el primer verso,
y empiece ya la tarea.
--« Si ha de ser letrilla, sea.
¡Que se aplane el universo!

--¿ Qué es eso? ¿Te has vuelto loco?
¡Ah! Ya.... Se abrió la ventana....
La clavaremos mañana.
¿Te opones? --No. --Yo tampoco.

--« Sigamos pues. --Allá voy;
escribe: *primera copla*....
¿Oyes como el viento sopla?
Este mundo acaba hoy.

Pero eso no nos importa,
saca, saca otra botella.
que el único medio es ella
de hacer la vida mas corta;

A los ojos de.... Una pausa;
tapemos esas rendigas,
que interrupciones prolijas
el resoplido me causa.

Así estan bien; vaya el viento
á incomodar á otro lado.....
Pero el velon se ha apagado:
aquí si que empieza el cuento.

--Nada creo hemos perdido,
porque si á oscuras quedamos,
al menos no nos mojamos,
con que cuento concluido.

--« Mas si por remate dar
á la letrilla te apuras,
mira que estamos á oscuras,
y vuelve el cuento á empezar.

Y por cierto que hace frio.
¿Dónde la botella está?
--« Búscala con tiento. --Ya.
--« Este vaso es tuyo ó mio?

Vamos á abrir el balcon....
¿Qué noche! No hay una estrella.
¡Si caerá una centella
para encender el velon!

Aguárdate, que ya escampa,
y secos truenos retumban.
--« En las orejas me zumban
siga adelante la trampa.

¿Quién dijo miedo? A fé mia,
con el vinillo caliente,
si nos dá algun accidente
no será de *alferecía*.

¡Con qué sraividad se cuele!

Ya los relámpagos vuelven.
 -- «En el aire se disuelven:
 no tienen mucha pajueta.

La tempestad vá de paso.
 ¿No ves allí claridad?
 -- «Sólo veo tempestad
 desde el oriente al ocaso.

-- «Pues yo jurara pardiez
 que son nubes mas delgadas.
 -- «Las nubes poco preñadas
 no descargan de una vez.

Mira, mira; ya amanece.
 Si lo dije, ya nos vemos.
 -- «Pues la botella apuremos,
 y nuestra tarea empeece.

-- «¿Qué tarca? --La letrilla.
 -- «Por Cristo, no me acordaba:
 mas ya la noche se acaba,
 y yo me duermo en la silla.

J. M. DE ANDUEZA.

VIAGES. — OCEANO PACIFICO.

NERON, REY DE LAS ISLAS DE MASACHA.



DRANTE el año de 1830 fue cuando el capitán americano Morell, comandante del brick el *Antartico*, de Nueva York, descubrió el grupo de las islas de Masacha en el Océano pacífico. Apenas había anclado la nave, cuando los naturales cuyo color se diferencia muy poco del de los africanos, comenzaron á reunirse en torno de aquella, aunque permaneciendo á una distancia respetuosa en sus respectivas canoas, dando á conocer en sus ademanes la curiosidad, la admiración y el temor de que se hallaban poseídos. Poco despues osaron avanzar hasta una milla de distancia del barco americano, pero ya entonces permanecieron inmóviles y sin atreverse á pasar mas adelante.

Al verlos el capitán Morell, desplegó una bandera blanca en señal de amistad, y los manifestó varios collares de vidrio de colores y otros objetos que brillaban á los rayos del sol. Por este medio los decidió á aproximarse, pero cuando examinaron de cerca las jarcias y arboladura de la nave, pareció haberlos sobrecogido un miedo tal, que ninguno se atrevia á subir á bordo. Distinguiase entre los isleños uno que parecia el jefe de los demas, y á falta de otro nombre los americanos le distinguieron con el de Neron. Su talla era atlética, sus miradas llenas de magestad y de nobleza: su adorno era mas lujoso, ó por mejor decir, mas estravagante, y consistia en una multitud de conchas y flores colocadas en la cabeza, en el cuello y en la cintura, mientras que sus brazos y piernas se veian cubiertas de anillos y brazaletes nacarados de bellísima concha de tortuga. Pudo

persuadirle por último á que subiese á bordo con algunos de los suyos.

Es imposible describir con exactitud su admiración luego que se vieron sobre cubierta: no parecia sino que habian perdido el movimiento: tal era su estupidez; y para sacarlos de su arrobamiento fue preciso tomar del brazo á Neron, y hacerle volver en sí á fuerza de demostraciones de amistad.

Algo recobrado por la benevolencia y cordialidad de su recibimiento, fue poco á poco volviendo de su sorpresa y dando á conocer su estremada curiosidad: examinó rápidamente los mástiles, las velas, el puente, los cables, las áncoras y todo cuanto á su vista se ofrecia; pasaba de uno á otro objeto, los tocaba con las dos manos, preguntaba por señas el uso de cada cosa sin esperar jamás contestacion, poniendo en seguida la mano sobre otra cosa. Por último se puso á saltar como un loco sobre la cubierta, riendo alternativamente y prorrumpiendo en exclamaciones de gozo y de sorpresa: cuando alguna cosa le chocaba mas que otras, exclamaba: *rett-stiller*; esto es hermoso. Sus compañeros se interesaban tambien á vista de los objetos que los rodeaban, pero sin atreverse á manifestar sus sensaciones á presencia de su jefe.

(Se continuará.)

CRÍTICA LITERARIA.

Nueva edición de las obras de Quevedo.



Es indudable que el siglo presente en medio de ser para nosotros tan borrascoso, y que hasta ahora no presagia un porvenir muy lisonjero, lleva consigo sin embargo cierto espíritu de vida y movimiento, cuya tendencia bien rígida pudiera producir los resultados ventajosos que todos con ansia apetecemos.

Mucho antes de concluida la desastrosa guerra que ha aniquilado nuestra patria; antes de que pudiéramos lisonjearnos con la imagen halagueña de una paz durable; cuando todavía la incertidumbre del éxito y el cúmulo de desgracias ocasionadas por el rencor del fanatismo político, sumergian los ánimos en la aflicción y el desconuelo; comenzaba á manifestarse ese nuevo espíritu; ese deseo de adquirir nuevos goces intelectuales; ese gusto, en fin, dispuesto á saborear cuanto pueden producir de útil y agradable las artes y el ingenio humano.

Testimonios de esta verdad son el crecido número de asociaciones literarias que bajo el nombre de academias, ateneos, institutos, liceos etc., se han establecido en la capital y provincias de España; la multitud de periódicos, folletos, y aun obras literarias de un mérito positivo, que han visto la pública luz desde el año 1835

hasta el presente; las muchas composiciones de todos géneros en que la juventud española sedienta de gloria, é impulsada por el noble empeño de disputar la suya á los literatos extranjeros, hace gala diariamente de la fácil imaginación que debió á la naturaleza. Las bellas artes concurrendo por otro medio á caracterizar la tendencia irresistible de la época actual, han hecho alarde en las exposiciones anuales de la academia de S. Fernando á pesar de la penuria de los tiempos, de lo mucho que pueden contribuir los ingenios españoles, bajo un régimen de verdadera prosperidad, á realzar la antigua gloria de su desventurada patria. El ornato público ha ganado considerablemente por la simetría y bella distribución de partes que se observan en los edificios; y hasta en los muebles de adorno y lujo se descubre el espíritu inventor y el buen gusto que actualmente predominan en los talleres de nuestros artistas.

De este movimiento, no rápido todavía porque la situación especial en que la revolución nos ha colocado no pueda consentirlo, nace el deseo natural de hacer objeto de especulación el gusto por las nuevas sensaciones, procurando llamar la atención sobre lo útil por medio de los atractivos con que el arte puede adornarlo. No á otra causa debemos la aparición en la arena literaria de varios periódicos de agradable instrucción y deleite que á imitación del presente *Semanario*, empuñan con grabados en madera las descripciones topográficas, las narraciones históricas, las biografías importantes, etc. etc. logrando por este medio que encuentre deleite la vista en lo mismo que halló placer el entendimiento. Esa costumbre de amenizar la lectura por medio de aquellos accesorios, ha pasado de los periódicos á los libros con éxito muy ventajoso; y si bien las empresas de esa clase no rendirán al presente las utilidades que serían de desear, época deberá llegar necesariamente en que estas correspondan á los esfuerzos de los empresarios. El estímulo es grande y poderoso en vista de lo que en ese género se publica en Inglaterra y Francia; por que es difícil resistir al deseo de comprar las obras publicadas en esas naciones con el lujo tipográfico y los lindísimos grabados que en crecido número las adornan.

A imitación de ellas se publican actualmente en Madrid dos obras: una la muy conocida de *Las aventuras de Gil Blas de Santillana*; otra, *Las obras festivas en prosa y verso de D. Francisco de Quevedo Villegas*; en las cuales compiten el ingenio y buen gusto de muchos de nuestros mas apreciables artistas.

Limitándonos á tratar por ahora de la segunda, cuya bella edición dirige D. Basilio Sebastian Castellanos, anticuario de la Biblioteca nacional, y profesor de arqueología en varios establecimientos públicos de esta corte; no podemos menos de alabar la corrección y esmero que se advierte en la impresión, así como la diligencia en adquirir para ejecutarla un hermosísimo papel, en el cual los tipos y grabados adquieren duplicada belleza y buen efecto. A estas ventajas, que ciertamente no son muy comunes en impresiones españolas, hay que agregar otra de no menor consideración, cual es la multitud de grabados en madera, que adornan y amenizan la obra: grabados en que generalmente campean la soltura y facilidad de nuestros dibujantes y grabadores, al par de su imaginación y buen gusto en el toque atrevido y espirituoso, si bien alguna vez se desvian del pensamiento, en ocasiones equivoca, del puzante Quevedo. Sin embargo de eso, la edición de que tratamos puede colocarse sin rubor al lado de muchas que de igual clase se publican en el extranjero; teniendo siempre en cuenta la suma inmensa de dificultades, á veces insuperables,

que es preciso vencer en España para llevar á cabo empresas de tanta cuantía, entre ellas la de no poder contar jamás con el número necesario de suscripciones que remuneren los desvelos y desembolsos que aquellas ocasionan. Esas mismas consideraciones nos obligan á mirar como sumamente módico el precio de tres reales por cada entrega, la cual consta de 16 páginas de excelente carácter de letra y diez grabados de diversos tamaños; de los cuales damos dos muestras en la letra con que principia este artículo y la lámina que vá al final tomada de la dedicatoria y portada del discurso *El alguacil alguacilado*.

Ademas de los elogios que merece la empresa por el feliz pensamiento de dar á luz esta edición rodeada de cuantos adios pueden hacer agradable la lectura de las obras de Quevedo; merece elogiarse, ademas por haberse propuesto, en cierto modo saca del olvido á muchos de nuestros antiguos escritores, dignos por cierto de figurar en la moderna literatura, sino por el plan y estilo de sus obras, tan distintos del gusto moderno, á lo menos por la profundidad y solidez de los pensamientos; por el extremado conocimiento que aquellos hombres tenían de la sociedad, aunque nuestra presunción nos haga creer que los aventajamos en esa parte; y por el objeto moral que constantemente dirige su pluma, aun cuando no siempre se valiesen de los medios mas decorosos para conseguirlo.

Bajo este concepto pocos ó ninguno de nuestros antiguos escritores ha rayado mas alto que D. Francisco de Quevedo; ninguno ha presentado como él las cosas en toda su desnudez; ninguno ha desenmascarado con tanta osadía los vicios y extravagancias de los hombres y de las clases de la sociedad; ninguno en fin los ha llamado con tanta lisura, por los mismos nombres que tanta significación y valor tienen entre la plebe: solo Gracian compite con él y aun le aventaja en el atrevimiento con que lanza sus dardos venenosos á gerarquias elevadas, acaso porque no habla sufrido tan de cerca como Quevedo los pesados efectos de su venganza.

Este autor presenta un fenómeno harto singular por cierto. Manda por una parte, ascética por otra, la naturaleza de sus muchos escritos nos le presenta bajo esos dos caracteres enteramente distintos y contrapuestos. Sus obras satíricas rayan en la procazidad: las místicas y morales en la austeridad heremítica. Y así es que su lenguaje y estilo, cambiando siempre de índole y de formas, son variados hasta el infinito, si bien distinguiéndose constantemente por el gusto sentencioso que ya dominaba en el siglo XVII. A este defecto producido por el abuso, agregaba la manía común á nuestros antiguos de hacer vano alarde de su inmensa erudición sagrada y profana; así como en las obras festivas mostraba excesivo empeño en agotar la sal y donaire de nuestra lengua, agitando los equívocos, los conceptos picantes y los epítetos hasta el punto de ser no pocas veces trivial é insulso.

Mas á vueltas de estos y otros defectos, se notan en sus obras filosóficas rasgos nobles, elevados, magníficos; en las satíricas gracia, donaire, jocosidad verdadera. Quevedo fué, pues, uno de los hombres mas eminentes de su tiempo; y ciertamente que nada hubiera podido atenuar la solidez de su talento y el brio de su imaginación, á haber vivido en época de menos corrupción literaria; en época que le hubiera permitido dar á sus escritos aquel sabor del buen gusto desterrado entonces de las letras por el culteranismo. Si Quevedo no hubiera quemado en sus aras tan abundante incienso, sus obras habrían gozado mas duradera fama á su nombre. Pero asa-

ciándose á los que con mayor tenacidad trabajaron en abrir nueva senda al ingenio, empresa que rara vez suele llevarse á cabo sin detrimento del buen gusto literario, su nombre llegó á señalar una época determinada; la época de la decadencia de las letras.

Aun cuando lo dicho sea una verdad patente á todos, Quevedo merece sin embargo ser estudiado con esmero. Sus escritos son un tesoro de erudición y de verdades eternas comunes á todos los hombres y á todos los siglos;

y nosotros no podemos menos de felicitar á los empresarios de esta nueva edición por el distinguido servicio que hacen con ella á nuestra literatura. ¡Ojalá que sus esperanzas sean cumplidas, para que resuñados por un éxito feliz, puedan ofrecer al público en la sucesivo iguales ediciones de nuestros antiguos y ya casi olvidados escritores!

REVILLA,



(Portada de El alguacil alguacilado en las obras de Quevedo).

Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Pan frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripción en Madrid. Por un mes cuatro reales. Por seis meses veinte reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias franco de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año cuarenta y ocho reales. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administración del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.